

Los años de seminario y de ordenación de José María Escrivá (1918-1925)

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ GULLÓN

Abstract: *La juventud de José María Escrivá orientó su vida. En 1918, pensó que Dios le llamaba a ser sacerdote diocesano. Durante siete años recibió en los seminarios de Logroño y de Zaragoza la formación humana, espiritual y académica propia de la época. En 1924 comenzó la carrera de Derecho. En marzo de 1925, Escrivá recibió la ordenación sacerdotal y celebró la primera Misa. Las ceremonias tuvieron un sabor agri dulce porque, a la alegría por cumplir el sueño de ser sacerdote, se unía el dolor por la reciente muerte de su padre.*

Keywords: *Seminario – Ordenación – Barruntos – Josemaría Escrivá de Balaguer*

The seminary and ordination years of José María Escrivá (1918-1925): *José María Escrivá's youth gave his life direction. In 1918 he felt that God was calling him to become a diocesan priest. For seven years he received the human, spiritual and academic formation of the time in the seminaries of Logroño and Zaragoza. In 1924 he started a Law degree. In March 1925, Escrivá received the priestly ordination and celebrated his first mass. The ceremony was bittersweet, as the joy of fulfilling his dream of becoming a priest was accompanied by the pain of his father's recent death.*

Keywords: *Seminary – Ordination – Inklings – Josemaría Escrivá*

En la Navidad de 1917 José María Escrivá estaba a punto de cumplir dieciséis años¹. La vida se le abría por delante: una familia unida, excelentes notas

¹ La bibliografía para los años de infancia y juventud de José María Escrivá es abundante. Señalamos la principal en la sección bibliográfica al final del artículo y remitimos a Pioppi 2022: 99,

en el colegio, buenos amigos y la ilusión por ir a la universidad cuando, en el verano, acabara el bachillerato. Sus padres ya le habían dicho que, a pesar de las dificultades económicas, estaban dispuestos a pagarle una carrera universitaria. José María se había decantado por Arquitectura, pues se manejaba bien con las matemáticas, los planos y los dibujos.

A la vez, se encontraba en plena crisis de la adolescencia. La necesidad de autoafirmación se presentaba en sentimientos y deseos bulliciosos, a veces contrapuestos. Su personalidad era decidida, inteligente, observadora e intuitiva; y, también, impulsiva, temperamental e impaciente.

Y había algo decisivo. José María buscaba una respuesta al interrogante del sufrimiento de su familia, tanto por la muerte de tres hermanas cuando eran pequeñas como por la crisis de la empresa paterna, que les había obligado a trasladarse a Logroño. Se sentía humillado y rebelde. No buscaba culpables, pues no se revolvía contra su familia o contra Dios. Pero se veía como alma en pena que no encuentra reposo entre las luchas y sufrimientos interiores, contradicciones y amargas, pros y contras. Solo la actitud de sus padres, afectuosos con él y recios a la hora de la adversidad, mantenía su esperanza².

LA LLAMADA DIVINA

Aquel invierno de 1917 fue muy frío en el norte peninsular. En Logroño se alcanzaron niveles bajo cero en el termómetro durante varias semanas, con el punto mínimo en la noche del 30 de diciembre, que registró menos 16 grados centígrados. Nevó varios días a finales de diciembre más el 2 de enero de 1918. Y solo a partir del día 6 la mejora del tiempo y las lluvias deshicieron la nieve caída.

Uno de esos días navideños, mientras caminaba por la calle Mayor, José María vio a «unos religiosos carmelitas, descalzos sobre la nieve»³. Hacía poco que esos frailes habían llegado a instalarse en Logroño. La comunidad estaba compuesta solo por tres, el último de los cuales, el padre José Miguel de la Virgen del Carmen, se había incorporado el 20 de diciembre. Tal vez José María viera a dos carmelitas y quizá uno de ellos llevara sandalias y otro los pies literalmente desnudos, pues el superior, el padre Juan Vicente de Jesús María, tenía fama en las crónicas de su orden por haber ido completamente descalzo alguna vez.

notas 2 y 3. También se pueden consultar las publicaciones en la Biblioteca virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei: <https://cedejbiblioteca.unav.edu/web/centro-de-estudios-josemaria-escriva/biblioteca-virtual/>.

² Cfr. Toldrà Parés 2007; y Vázquez de Prada 1997: 65-120.

³ *Apuntes íntimos*, n.º 1637b (4 de octubre de 1932), citado en Vázquez de Prada 1997: 98, nota 80. Este es el recuerdo más antiguo de Escrivá sobre el episodio de las huellas en la nieve.

La consideración del frío que pasaban aquellos hombres y el hecho de que ofreciesen ese padecimiento a Dios dio paso a una pregunta en primera persona, que le vino, impetuosa, a la mente: «Si otros hacen tantos sacrificios por Dios y por el prójimo, ¿no voy a ser yo capaz de ofrecerle algo?»⁴. Poco después, acudió a la iglesia del convento de las carmelitas –los padres carmelitas atendían en este templo– y le pidió al padre José Miguel que fuese su director espiritual. Con esta ayuda, dejó la rebeldía por la situación familiar y, a la vez, incorporó algunos hábitos de práctica cristiana como la Misa y la comunión diarias, la confesión y el acompañamiento espiritual frecuente, las prácticas de penitencia y los ratos de oración personal ante la Eucaristía y por las calles.

Después de dos o tres meses de guía espiritual, el padre José Miguel le sugirió que pensara si Dios le llamaba a formar parte de la familia carmelitana. Escrivá lo meditó con seriedad. Hasta ese momento, diría luego, «no se me había presentado ese problema, porque creía que no era para mí»⁵, y si algún amigo le decía que iba a ser cura o fraile se lo tomaba a chanza y no le daba importancia. Ahora se encontró ante una posibilidad real y concreta que exigía una resolución en breve plazo. Ponderó varios asuntos, entre otros la situación económica en la que quedarían los suyos si los dejaba para entrar en el convento. Se tomó tan en serio la posibilidad de abrazar la vida consagrada que decidió que su nombre de religión sería “Amador de Jesús Sacramentado”. Pero, a medida que rezaba, aparecía una solución distinta que muy pronto confió al carmelita. Tenía vocación al sacerdocio, pero al sacerdocio secular, diocesano.

Una vez resuelto, tocaba comunicarlo a la familia. Cuando José escuchó a su hijo, pasó de la sorpresa y disgusto iniciales a un sollozo contenido, quizá porque consideró que no contaba con esa ayuda para reconstruir el patrimonio familiar. «Fue la única vez que le vi llorar»⁶, rememoró José María años más tarde. José no se opuso, pero quiso asegurarse de que su hijo había ponderado las dificultades. Primero le hizo algunas consideraciones sobre la posible soledad de quien abraza el celibato sacerdotal: «Es muy duro no tener casa, no tener hogar, no tener un amor en la tierra»⁷. Luego, le preguntó: «¿Has pensado en el sacrificio que supone la vocación de sacerdote?»⁸. La réplica de José María zanjó la cuestión: «Solo he pensado, lo mismo que tú cuando te casaste, en el amor»⁹. José aceptó la respuesta y le aconsejó que, además de Teología, hiciese

⁴ Citado en Vázquez de Prada 1997: 96.

⁵ Palabras citadas en *Crónica* 1975, p. 218, AGP, Biblioteca, P01.

⁶ Escrivá de Balaguer 2017: 200.

⁷ Escrivá de Balaguer 2017: 200.

⁸ Recuerdo de Luis Felipe Gómez Caballero, Gaztelueta (Bilbao), 9 de agosto de 1975, AGP, serie A.5, 216-1-7.

⁹ Recuerdo de Luis Felipe Gómez Caballero, Gaztelueta (Bilbao), 9 de agosto de 1975, AGP, serie A.5, 216-1-7.

una carrera civil. José María decidió cursar Derecho. A los pocos días, José le presentó a dos amigos sacerdotes. Uno era el diocesano Antolín Oñate, abad de la colegiata de Santa María de La Redonda; otro Albino Pajares, capellán castrense. Ambos presbíteros confirmaron a José la llamada al sacerdocio de su hijo.

José María pensó que ser presbítero secular era una respuesta a lo que Dios le pedía y, por este motivo, se referirá después a «mi vocación en Logroño»¹⁰. A la vez, consideró que la llamada divina comprendía algo más que no le había sido revelado y que ser sacerdote facilitaba su disponibilidad para esta *segunda* vocación. Comenzaba así un periodo que iba a durar diez años, los de seminario, de sacerdote recién ordenado y de estudiante de Derecho. Luego mencionará esta década como un tiempo de barruntos, es decir, de presentimientos de que Dios le quería para una realidad que, de momento, ignoraba¹¹. Un día leyó el pasaje del Evangelio donde el ciego Bartimeo ruega a Jesús: “Señor, que vea” (Lc 18, 41); desde entonces, repitió esas palabras en latín –*Domine, ut videam!*–, con las que le pedía a Dios que le mostrara su voluntad. A esta invocación añadió otra semejante, ingenitada por él mismo: *Domine, ut sit!* (“Señor, que sea”).

La decisión de hacerse sacerdote sorprendió a los familiares y amigos. José María pasaba los 16 años, una edad tardía para ir al seminario, pues lo habitual era que los jóvenes comenzaran los estudios eclesiásticos en el seminario menor, donde cursaban la educación primaria y la secundaria. Además, esta llamada no era frecuente entre los que acababan el bachillerato. El seminario ofrecía menos capacitación intelectual que los estudios civiles superiores y su profesorado se oponía a la cultura dominante en el ámbito académico civil, heredera de los axiomas ilustrados. Por estos motivos, Escrivá no olvidó «con qué cara de lástima –y como mirándome por encima del hombro– se fijaban en mí los compañeros del instituto»¹² cuando hizo pública su intención de pasar al estado clerical.

José María no sufrió por este motivo. En ese momento pasaba por otra inquietud muy distinta. Su padre había pensado en él para ayudarle a sacar adelante la familia. Ahora, con la marcha al seminario, le dejaba sin este apoyo y, en cierto sentido, se sentía culpable. Por eso, pidió a Dios que llegara otro hijo a la familia y luego se olvidó del asunto. José había cumplido 51 años, Dolores 41 y no habían tenido descendencia desde hacía nueve años.

En el mes de mayo José María aprobó los exámenes de sexto de bachillerato con tres sobresalientes y un notable. Durante el verano, además del tiempo

¹⁰ *Apuntes íntimos*, n.º 289 (17 de septiembre de 1931), citado en Vázquez de Prada 1997: 100.

¹¹ Más tarde comentó: «¿Por qué me hice sacerdote? Porque creí que era más fácil cumplir una voluntad de Dios, que no conocía»: *Crónica* 1975, p. 218, AGP, Biblioteca, P01.

¹² *Apuntes íntimos*, n.º 53 (16 de junio de 1930), citado en Vázquez de Prada 1997: 114.

dedicado a la lectura y el descanso, preparó el ingreso en el seminario conciliar. Mejoró sobre todo la lengua latina pues solo había dado dos años en el colegio y ese nivel era bajo con respecto a los demás seminaristas. Consiguió que don Albino Pajares y un seminarista, Manuel Sanmartín, le dieran clases particulares. Además, estuvo unos días a finales de julio en Barbastro para asistir a la celebración de las bodas de plata sacerdotales de su tío Vicente Albás.

Escrivá fue admitido en el seminario de Logroño en ese verano. Como tenía el título de bachiller en artes, podía convalidar estos estudios por los siete años de formación que se daban en el seminario: cuatro años de Latinidad –llamados también de Gramática y Humanidades–, que equivalían a la primaria y el inicio de bachillerato en la enseñanza civil, y tres de Filosofía, que se correspondían con el resto del bachillerato.

Para realizar los exámenes de ingreso en Teología hubo que esperar porque en esos meses se produjo la tasa más alta de muertes y contagios de la llamada “gripe española”, un brote infeccioso de virus que se cobró la vida de al menos cincuenta millones de personas en todo el mundo, con algo más de doscientos mil en España. Entrado el mes de noviembre se abrió el seminario riojano y el joven barbastrino superó los exámenes de convalidación de Ética, Latín, Lógica y Metafísica. Además, obtuvo del obispo de Barbastro el traslado de la jurisdicción de aquella diócesis a la de Calahorra y La Calzada.

INICIO DEL SEMINARIO

La entrada en el seminario marcaba el ingreso de José María Escrivá en el mundo eclesiástico. Se incorporaba a la diócesis de Calahorra y La Calzada, pueblos que tenían sendas concatedrales, a las que se les unía la colegiata de Santa María de La Redonda en Logroño. El administrador apostólico de la diócesis, monseñor Juan Plaza, residía en la sede calagurritana. Por motivos históricos, además del seminario de la capital riojana, con 59 estudiantes, había otro en Calahorra, con 14 alumnos que cursaban quinto de Teología.

El 1 de diciembre comenzaron las clases. El seminario conciliar de Logroño era un viejo caserón de cuatro pisos de altura, con una fachada que daba al Espolón, la plaza más grande y emblemática de la ciudad. Acogía a dos tipos de seminaristas. Los internos –algo más de cuarenta– residían en el seminario. Los externos –una docena, entre los que se contaba José María– comían y dormían en casa de sus padres y no estaban obligados a llevar el traje eclesiástico. Todos se encontraban en la capilla del seminario a las seis y media de la mañana para la meditación y la Misa. Después, el día transcurría entre clases –unas cuatro horas–, las prácticas de piedad, los tiempos de estudio y los recreos. Los domingos por la mañana José María participaba en una catequesis

para niños de primera comunión que se daba en los locales del seminario. Los catequistas eran alumnos internos salvo Escrivá, que quiso acudir a esta actividad a pesar de ser externo. En algún momento del curso, José María dejó el acompañamiento espiritual con el carmelita José Miguel y pasó a confesarse con un sacerdote diocesano, Ciriaco Garrido, canónico de La Redonda, quien dio «calor a mi incipiente vocación»¹³.

Escrivá tuvo solo tres compañeros de promoción en primero de Teología. Durante ese curso académico 1918-1919 estudió las asignaturas de Historia Eclesiástica, Sociología, Francés, Arqueología, Derecho Español y Teología Pastoral. Las clases se daban parte en castellano y parte en latín, de manera que los alumnos se familiarizaran con la lengua ciceroniana. Para hacer frente a lo que entendían como ataques del racionalismo y del modernismo, se empleaban manuales regidos por la doctrina tomista, la autoridad del magisterio pontificio y los comentarios apoloéticos. No había un particular afán de investigación filosófica o teológica. En cierto sentido, era lo que se podía esperar de un pequeño seminario que preparaba curas para que, en su mayoría, pasaran toda la vida en pueblos de la provincia.

En el otoño de 1918, Dolores Albás comunicó a sus hijos que estaba embarazada. José María pensó que su oración de meses antes había sido escuchada y no dudó que sería un niño. Como era una sorpresa, afirmó luego: «con aquello toqué con las manos la gracia de Dios; vi una manifestación de Nuestro Señor»¹⁴.

A finales de año o principios de 1919, José Escrivá trasladó su familia a una vivienda situada en la calle Canalejas, en un inmueble denominado L, cuarto izquierda. A diferencia de la anterior, tenía un ático encima que mitigaba los rigores del clima. En esta casa, Dolores dio a luz a Santiago el 28 de febrero. Dos días más tarde lo bautizaron en la parroquia de Santiago el Real. Un hermano de Dolores y su mujer iban a ser padrinos, pero, como no pudieron asistir, los representaron José María y su hermana Carmen.

En junio de 1919, José María realizó los exámenes en el seminario. Obtuvo *meritissimus* (sobresaliente) en las cuatro primeras asignaturas y un *benemeritus* (notable) en la última. Después del verano, comenzó un nuevo curso con otros diez alumnos. Esta vez preparó solo una materia, Lugares Teológicos, con la que acababa primero de Teología. Tuvo un plan académico muy holgado –solo cinco horas de clase a la semana– porque era práctica habitual que los recién incorporados al seminario hicieran primero en un bienio. Por entonces, el rector –Valeriano Ordóñez–, el director espiritual –el jesuita Emilio Gómez– y las demás autoridades del seminario otorgaban más importancia a vivir la disciplina y a conocer las virtudes propias del sacerdote que a un rápido progreso académico

¹³ *Apuntes íntimos*, n.º 959 (22 de marzo de 1933), citado en Ánchel 2018: 28.

¹⁴ Escrivá de Balaguer 2017: 199.

de los alumnos. Escrivá aprovechó ese tiempo para estudiar filosofía y mejorar la lengua latina, en la que estaba en inferioridad respecto a sus condiscípulos.

En estos dos años de seminario en la capital riojana, José María Escrivá afianzó la amistad con varios alumnos externos, ya que tenían poco contacto con los internos. Su mejor amigo fue José María Millán, de tercer año de Filosofía, al que se añaden otros como Pedro Larios y Vicente Sáenz de Valluerca. A Escrivá le gustaba pasear con ellos por las calles y por parajes cercanos a las riberas del Ebro. Máximo Rubio, de tercero de Teología, lo recordaba «observador, inteligente, buen estudiante, piadoso, pulcro y cuidadoso en el vestir. Muy educado y de modales cuidados. Era hombre de carácter, de temperamento fuerte. Algo reservado, no concedía su amistad a cualquiera, pero era amable con todos». Rubio añade un detalle que, de algún modo, estaba ligado con los barruntos que sentía su amigo: «Tenía una preocupación profunda: una inquietud por la juventud que nos rodeaba; hablaba de sus antiguos compañeros del instituto de enseñanza media y pensaba en lo que podría hacer por ellos. Sentía pena por la falta de religiosidad de aquella juventud»¹⁵.

En el mes de junio, Escrivá sacó sobresaliente en el examen de Lugares Teológicos. A lo largo del curso académico había madurado la idea de trasladarse de Logroño a Zaragoza. Allí podía simultanear la carrera de Teología con la de Derecho, pues contaba con una universidad civil, y allí residía su tío Carlos Albás, canónigo arcediano, que le ayudaría. Además, con este movimiento se incardinaba en la principal diócesis de Aragón, acababa la Teología en una universidad pontificia y evitaba un futuro envío al pueblo de Calahorra para realizar el último año de Teología, como era costumbre en Logroño. Por otra parte, su hermana Carmen estaba a punto de concluir Magisterio y tal vez dispondría de más tiempo para dedicarlo a la familia.

Durante el verano de 1920, José María Escrivá recibió la venia del obispo de Calahorra y La Calzada para dejar la diócesis y, a continuación, la del cardenal arzobispo de Zaragoza para incardinarse allí. Después se matriculó en segundo de Teología en la universidad pontificia de Zaragoza. En cambio, no solicitó plaza de interno en un seminario. Según parece, deseaba mantener el mismo estatus de alumno externo que había tenido en Logroño, pues, de este modo, podía iniciar la carrera de Derecho como alumno libre¹⁶.

Para ser alumno externo del seminario necesitaba un lugar de residencia y estar tutelado por una persona de confianza. Era algo fácil de solucionar, pues en Zaragoza residían tres tíos, hermanos de su madre. Uno era Carlos, canónigo arcediano del cabildo metropolitano de Zaragoza desde 1919, que vivía con su

¹⁵ Recuerdo de Máximo Rubio Simón, Logroño, 3 de junio de 1978, AGP, serie A.5, 240-1-15.

¹⁶ Esta etapa está bien documentada en Herrando Prat de la Riba 2002 y “Recopilación de datos sobre la vida de Josemaría Escrivá, Zaragoza 1920-1925”, AGP, A.1, 3-5-3.

sobrina Manuela Lafuente Albás, huérfana. Otro era Mauricio, que había dejado Barbastro años antes por la quiebra de su comercio de alimentación, acababa de enviudar y se dedicaba a atender a sus hijos. El tercero era Florencio, casado con Carmen Lamartín.

Pero, casi de improviso, José María cambió de planes a finales de septiembre. Probablemente ocurrió que, cuando pidió un puesto de alumno externo del seminario y comentó que deseaba realizar la licenciatura de Derecho, le dijeron que el arzobispo rechazaría cursar dos carreras a la vez, ya que estaba legislado que los clérigos no hicieran estudios civiles antes de recibir el presbiterado. Entonces, y gracias a la mediación de su tío Carlos, el 28 de septiembre José María consiguió plaza como alumno interno en el Seminario de San Francisco de Paula y renunció de momento a los estudios de Derecho. Carlos Albás también intervino para que el seminario le concediese a José María media beca y aceptó ser su tutor ante los superiores.

Por motivos históricos, había dos seminarios en Zaragoza. El más grande era el Seminario Conciliar de San Valero y San Braulio. Tenía unos ciento cincuenta alumnos de Filosofía y Teología, de los cuales un centenar internos. Estaba dirigido por la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, asociación creada por Manuel Domingo y Sol para mejorar la formación y acompañamiento del clero diocesano. En el mismo inmueble que ocupaba el seminario conciliar estaban la sede y las aulas de la Universidad Pontificia de San Valero y San Braulio. Una de sus fachadas daba a la popular plaza de La Seo.

Escrivá ingresó en el otro seminario, que estaba bajo la advocación de san Francisco de Paula. Fundado en 1886, este centro había facilitado a jóvenes de familias de escasos recursos que fuesen alumnos internos y, de este modo, recibieran una buena educación sacerdotal, tanto académica como disciplinar; una década más tarde se había equiparado al conciliar y, desde entonces, no había diferencias entre unos colegiales y otros. Se encontraba dentro de una manzana que agrupaba tres realidades: una iglesia, el Real Seminario Sacerdotal de San Carlos Borromeo –residencia de presbíteros–, y el Seminario de San Francisco de Paula, para los seminaristas. Como la entrada a estos inmuebles se hacía por la plaza de San Carlos, y ese era el nombre empleado desde hacía siglos, cuando las personas de la ciudad mencionaban el “seminario de San Carlos”, en realidad se referían a los jóvenes que habitaban en el de San Francisco.

El edificio habitado alojaba a los presbíteros del San Carlos en la primera y segunda planta y a los alumnos del seminario de San Francisco en las plantas tercera y cuarta. En el piso tercero había una capilla, una sala de estudio y los cuartos del rector, el inspector y los alumnos de Teología; en el cuarto, los dormitorios de los alumnos de filosofía y humanidades, una sala para exámenes y una azotea cubierta. Las habitaciones eran pequeñas, con un mobiliario compuesto por mesa y silla, cama, lavabo con palangana y jarro para el agua.

Solo había agua corriente y luz eléctrica en las zonas comunes. Los seminaristas interferían muy poco con los presbíteros. Bajaban a la iglesia para la Misa y al primer piso para almorzar. El resto del tiempo estaban en su zona.

SEMINARISTA CON BECA

José María Escrivá llegó a Zaragoza el 28 de septiembre. Por primera vez iba a residir de modo permanente lejos de la casa paterna y en una ciudad casi desconocida. Zaragoza sumaba 141 000 habitantes, con una población en aumento desde principios de siglo debido al aluvión de personas provenientes de las provincias aragonesas. La capital pasaba por un período de fuertes conflictos sociales, más graves que en otros lugares de España. Existía un importante foco anarcosindicalista que había aumentado debido a los trastornos económicos y laborales. A las numerosas huelgas se sumaban los actos terroristas, manifestados en el pistoleroismo y la explosión de bombas. En agosto, durante una huelga del Sindicato de Metalurgia y Electricidad, habían sido asesinados tres funcionarios municipales que intentaban reparar el tendido eléctrico.

Pero, por el momento, la vida de Escrivá estaba ceñida a las paredes del seminario y de la universidad pontificia. Le asignaron un dormitorio en la tercera planta y se puso el uniforme, compuesto por sotana, manto negro sin mangas, una beca roja con escudo –un sol que contenía la palabra *Charitas*– y bonete negro rematado con borla morada. Enterado de la prohibición del tabaco en las zonas comunes de la casa, entregó al portero la pipa que tenía y renunció a fumar.

Residían en el seminario de San Francisco el rector y 37 alumnos: 4 latinos, 10 filósofos y 23 teólogos. Eran muy jóvenes. Las edades de los latinos oscilaban entre los 14 y los 19 años, la de los filósofos entre los 16 y los 21 años, y la de los teólogos entre los 18 –era el caso de Escrivá– y los 24 años. Del total de colegiales, 30 procedían de pueblos aragoneses, 3 de pueblos de otras provincias y 4 de capitales de comarca o de provincia: dos de Zaragoza, uno de Barbastro y uno de Burgos. La situación económica de la mayor parte de las familias era precaria, ya que había 5 seminaristas pensionistas –abonaban 1,25 pesetas al día–, uno –Escrivá– gozaba de media beca y 31 disfrutaban de beca completa, con matrícula y alojamiento gratuitos.

El rector –que era a la vez uno de los directores del San Carlos– se llamaba José López Sierra. Los otros dos superiores, denominados directores o inspectores eran los seminaristas Santiago Lucas, director de los teólogos, y Luis Torrijos, director de los filósofos y alumnos de humanidades. Estos inspectores habían recibido la tonsura y, a diferencia del uniforme de los demás seminaristas, vestían sotana, manteo y sombrero de teja. Tenían como misión que se cum-

pliera el reglamento y se mantuviera la disciplina, pues el rector estaba ausente con frecuencia; presidían el comedor, donde almorzaban en mesa aparte y recibían algún suplemento de comida; contaban con la ayuda de un fámulo, que cuidaba su habitación; acompañaban a los estudiantes en las idas y venidas al seminario conciliar; y, a diferencia de los demás, los profesores no les preguntaban en clase. Además, cobraban una gratificación anual de 50 pesetas y estaban exentos del pago de pensión y de las tasas por derechos de examen en la universidad pontificia.

Había 7 seminaristas fámulos, jóvenes que trabajaban en el servicio del comedor, el orden de la sacristía, la atención de la portería y el arreglo de la habitación de los sacerdotes y de los directores. Esta solución permitía que los chicos de escasos recursos accedieran a las órdenes sagradas. No se consideraba un encargo oneroso, pues algunos pasaban a ser directores con el tiempo, pero se les exigía menos nivel académico porque, debido al trabajo manual, dedicaban menos horas al estudio que sus compañeros.

Escrivá se habituó pronto al ritmo del seminario. El horario de los días laborables incluía media hora de meditación en la capilla del seminario, Misa en la iglesia de San Carlos –celebrada frecuentemente por el obispo auxiliar, Miguel de los Santos Díaz Gómara–, desayuno en silencio mientras leían la *Imitación de Cristo*, clases en el seminario conciliar, almuerzo con la lectura de algún martirologio o relato bíblico, un rato de recreo en la azotea, más clases en el seminario conciliar, merienda, tiempo de estudio, rezo del rosario y lectura de *Ejercicio de perfección* del jesuita Alonso Rodríguez, cena, oraciones finales y examen de conciencia en la capilla. Los jueves, domingos y días de fiesta había paseo por las afueras de Zaragoza, bajo la vigilancia del director. Los sábados iban a la Basílica del Pilar para la práctica de la sabatina, que consistía en una lectura sobre la Virgen y rezo del rosario. Los domingos, José María acudía a casa de su tío Carlos, donde una empleada le lavaba y arreglaba la ropa. Otras veces pasaba por el domicilio de sus tíos Mauricio o Florencio.

La formación del seminario abarcaba tres grandes áreas. La primera era la formación humana, que, fundamentalmente, se buscaba a través del cumplimiento del *Reglamento para el régimen y buen gobierno*. Esta ley fundamental del seminario estaba basada en la disciplina y el orden. El rector y los directores concedían premios –medallas y menciones– a los alumnos por su conducta y aplicación, y también imponían castigos –generalmente, estar un rato de pie junto a un Crucifijo– por incumplimiento del reglamento, altercados con otros colegiales y faltas de urbanidad.

Los formadores debían hacer frente al desarrollo propio de la adolescencia, pues todos los colegiales oscilaban entre los 14 y los 24 años. A este hecho se añadía que el 89 % de los jóvenes procedía del medio rural y de familias de condición social modesta. En muchos casos, no habían tenido la posibilidad de

templar comportamientos rudos en sus casas, por lo que mostraban un nivel de urbanidad bajo, a veces con modales altaneros o bruscos. Debido al ambiente vivido en su familia, José María sufrió la falta de educación de algunos seminaristas.

En cambio, el número reducido de los colegiales y la ausencia de externos facilitaba la convivencia entre ellos y la forja de amistades. Escrivá entabló amistad con Francisco Moreno, un joven proveniente del seminario de Teruel y de una familia de clase media –su padre era médico– que acababa de ingresar en el seminario de San Francisco. Moreno cursaba cuarto de Teología y coincidía con Escrivá en la asignatura de Griego. Cuando se consolidó la amistad, ambos se pedían la opinión sobre temas personales. Francisco invitó a José María a almorzar a casa de una hermana mayor, Angelita, que vivía en Zaragoza. Alguna vez los acompañaba otro hermano de Francisco, Antonio, estudiante de Medicina. Francisco estaba orgulloso de esta amistad con José María, al que calificaba de «muy elegante en el hablar, en el andar, en el comportamiento, en el saludar»¹⁷.

La segunda área formativa del seminario era la espiritual. Giraba en torno a los sacramentos de la Eucaristía y la Penitencia, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y las prácticas marianas. La comunión diaria estaba recomendada. También la confesión frecuente, aunque no existía el cargo de director espiritual. Una vez a la semana, un sacerdote estaba disponible para oír confesiones y los seminaristas también podían acudir a los presbíteros del San Carlos, que escuchaban confesiones en la iglesia. La progresiva enseñanza de la vida espiritual ayudaba a que creciera en los alumnos la fe en Dios y la confianza en la acción de la gracia. En cambio, tenía el peligro de conducir al voluntarismo porque se enfatizaba que la santidad era fruto del esfuerzo personal.

Los propios seminaristas participaban en el impulso de los actos litúrgicos y devocionales mediante la asociación Apostolado de la Oración del Sagrado Corazón de Jesús, a la que pertenecían todos. La asociación organizaba y animaba a asistir a las adoraciones eucarísticas, las novenas y los actos marianos. Una vez al mes hacían un retiro y anualmente asistían a ejercicios espirituales. Escrivá participó con los demás en estas formas de rezar. Uno de los alumnos, Arsenio Górriz, destaca que a Escrivá «se le notaba la vida de piedad más que por lo que hacía por cómo lo hacía»¹⁸.

La preparación académica constituía la tercera gran área formativa. El 29 de septiembre –un día después de su llegada a Zaragoza–, Escrivá asistió a la apertura de curso de la universidad pontificia con los casi dos-

¹⁷ Recuerdo de Francisco de Paula Moreno Monforte, Barcelona, 9 de diciembre de 1975, AGP, A.5, 230-1-8.

¹⁸ Recuerdo de Arsenio Górriz Monzón, Teruel, 25 de diciembre de 1975, AGP, A.5, 218-1-8. Hay copia del Libro de Sesiones de la Asociación del Apostolado de la Oración del Sagrado Corazón de Jesús en AGP, A.1, 3-3-9.

cientos seminaristas de la ciudad. A partir de entonces, acudió a clase junto con sus compañeros del seminario de San Francisco. Las clases –algunas en latín y otras en castellano– eran de 9:00 a 10:15 y de 11:30 a 12:30 de la mañana, con un tiempo de estudio y otro de recreo, y de 3:30 a 4:30 por la tarde. En las aulas de la universidad pontificia Escrivá conoció a algunos alumnos internos y externos del seminario conciliar, aunque tuviese poco trato con ellos, pues cada seminario se sentaba en un sector en las aulas y había puestos fijos.

Durante el curso 1920-1921, Escrivá cursó nueve asignaturas: las cinco de segundo de Teología –Encarnación y Gracia, Actos y Virtudes, Oratoria, Patrología y Liturgia– más otras cuatro –Introducción a la Escritura, Exégesis del Nuevo Testamento, Griego y Hebreo– que no estaban en el plan de estudios de Logroño. Le acompañaron en clase seis estudiantes del seminario de San Valero y San Braulio y cinco del de San Francisco.

Los manuales de las asignaturas seguían autores de prestigio del momento. Por ejemplo, en Liturgia emplearon *Tesoro del sacerdote o Repertorio de las principales cosas que ha de saber y practicar el sacerdote*, una obra de José Mach y Juan Bautista Ferreres con elementos históricos, jurídicos y pastorales, además de explicaciones sobre las diversas partes de la Misa. Los profesores mantenían posiciones antimodernistas y favorables al Estado confesional católico. Sin que pueda calificarse de defectuoso, su nivel académico no era muy alto. La mayoría eran doctores en Teología, con poca o ninguna dedicación a investigar, que compartían la enseñanza con otros encargos pastorales o de la curia diocesana. Habitualmente, los docentes señalaban algunas lecciones para que los alumnos las estudiaran y luego las preguntaban en la clase siguiente. Por su parte, muchos alumnos estaban condicionados por la escasa altura académica del seminario menor y, generalmente, se limitaban al estudio necesario para superar los exámenes. Su meta era llegar a ser párrocos, sin especiales deseos de investigación teológica.

El seminario de San Francisco ofrecía una sala de estudio y una pequeña biblioteca compuesta por diccionarios, manuales de teología, historias sagradas y ediciones de la *Summa Theologiae* de santo Tomás de Aquino. Como pasaba en todos los seminarios españoles, también en Zaragoza había una interpretación bastante rigorista de la disciplina y del aislamiento que, según se pensaba, ayudaban a los aspirantes al sacerdocio. Con respecto a las lecturas, se recibían publicaciones católicas y libros devocionales. En cambio, el seminario no estaba abonado a periódicos o revistas de actualidad y desaconsejaba la lectura de las novelas, entendidas como demasiado mundanas. A pesar de estas limitaciones, José María mantuvo su costumbre de leer obras de literatura y de ejercitarse en la creación literaria. Más tarde recordó que «a mis dieciocho años (no lo contéis a nadie) escribía unos versos muy malos –es

justicia– y los firmaba, poniendo en la firma todas las vibraciones de mi vida, así: “El clérigo Corazón”»¹⁹.

Tras las primeras semanas del curso, llegaron las vacaciones de Navidad. Las celebraciones se anticiparon en el seminario pues el 21 de diciembre el cardenal Soldevila consagró obispo a Miguel de los Santos Díaz Gómara, sacerdote que vivía en el San Carlos y que había sido nombrado auxiliar de Zaragoza. Unos días más tarde hubo una fiesta homenaje. Como Escrivá tenía facilidad para versificar en latín, le pidieron que compusiera una poesía. Redactó una composición que llevaba por título el lema del escudo del flamante obispo: *Obedientia tutor* (“Lo más seguro es obedecer”). Después, pasó la Navidad y Año Nuevo junto con sus compañeros, pues era obligatorio estar en el seminario en esas fechas.

Por entonces, en Logroño, José Escrivá estaba preocupado. No había ascensor en la casa de la calle Canalejas y Dolores, que sufría de reumatismo, se fatigaba al subir y bajar los cuatro pisos, a veces con la necesidad de llevar en brazos a Santiago, nacido dos años antes. Tras un tiempo de búsqueda, José descubrió que estaba en alquiler un apartamento de la casa donde habían residido con anterioridad, en la calle Sagasta, n.º 18, esta vez en el piso segundo derecha. Era una casa más digna y resguardada de las inclemencias del tiempo que la anterior y tenía menos escaleras. Allí se trasladaron los Escrivá Albás en los primeros meses de 1921. José María se enteró del cambio en Zaragoza, pues no consta que dejara la capital aragonesa hasta el final del año académico.

En los exámenes de fin de curso, José María obtuvo *meritissimus* (sobresaliente) en seis asignaturas, *benemeritus* (notable) en una y un *meritus* (aprobado) en los dos idiomas antiguos. En el caso de la lengua griega, repasó luego la materia, pues su tío Carlos le dijo que era importante para el conocimiento de la Biblia y la patrística; tal vez el arcediano pensaba que esta materia, que era necesaria para obtener los grados académicos, ayudaría a su sobrino a avanzar en el escalafón eclesiástico.

Más allá de estudios y exámenes, junio fue muy traumático para Escrivá, tanto que, como anotó más tarde, «creí haberme equivocado de camino»²⁰ y, por tanto, pensó dejar el seminario. Según parece, se juntaron varios elementos en su reflexión. Primero, las conversaciones y los hábitos de higiene y urbanidad dejaban que desear en muchos casos. Según contaba un seminarista, David Mainar, «era corriente la falta de aseo, el poco cuidado en el vestir, los escasos modales en comidas y juegos, que a veces eran hasta groseros»²¹. Como había

¹⁹ Carta de José María Escrivá a los miembros del Opus Dei de Zaragoza, Vitoria, 4 de septiembre de 1938, AGP, A.3.4, 255-5, 380904-2.

²⁰ *Apuntes íntimos*, n.º 1748 (17 de julio de 1934), citado en Vázquez de Prada 1997: 136.

²¹ Recuerdo de David Mainar Pérez, Zaragoza, 21 de noviembre de 1975, AGP, A.5, 226-1-6.

conocido otro ambiente en su casa, José María sufrió los modos maleducados. De hecho, y aun sin pretenderlo, contrastaba «en la manera de saludar, en la forma de tratar a las personas, en cómo vestía, en la educación con que comía»²². Algunos seminaristas le pusieron el mote de *pijaíto*, que equivale a presuntuoso en Aragón. Otras veces le llamaron *señorito* porque se lavaba todos los días y llevaba el vestido y los zapatos limpios. También le hirieron algunos comentarios irónicos sobre su piedad, pues era el único joven que acudía a la capilla para rezar en las horas libres. Incluso por un tiempo le apodaron *rosa mística*²³.

En segundo lugar, José María no se sentía atraído por crecer en la estructura eclesial. Esta visión contrastaba con la de algunos seminaristas, quienes, además del aspecto vocacional, entendían el sacerdocio como una función administrativa, una salida profesional que proporcionaba cierto relieve social, en particular a los jóvenes de procedencia rural. En palabras de Escrivá, al salir del seminario algunos presbíteros trataban de hacer «su carrera. Se comportaban bien y procuraban ir de una parroquia a otra mejor. El que estaba preparado, hacía oposiciones a una canonjía; cuando pasaba el tiempo, entraba en el cabildo... Del cabildo salían los elementos necesarios para ayudar en el gobierno de la diócesis, para la formación del clero en el seminario. Y a mí, todo eso no me interesaba»²⁴.

Pero la razón fundamental de la crisis se debió a que el rector, José López Sierra, le dijo a Escrivá que dudaba seriamente sobre su continuidad. Según Escrivá, puso «realmente todos los medios para que yo abandonara mi vocación (con intención rectísima hizo eso)»²⁵. Parece que influyó en esta decisión el director de los teólogos, Santiago Lucas, quien manifestó de modo público su rechazo y animadversión a Escrivá. Como el rector pasaba poco tiempo con los estudiantes, formaba su opinión sobre la idoneidad de los seminaristas de acuerdo con la información que le daban los directores. Y Lucas le dio un informe negativo sobre Escrivá y le refirió «los comentarios peyorativos de otros colegiales y su aparente falta de sintonía con el ambiente general»²⁶. A final de curso, en la casilla “carácter” del informe sobre Escrivá, el rector anotó: «Inconstante y altivo, poco educado y atento»²⁷. Por eso, antes de las vacaciones, José María entendió que López Sierra no deseaba que regresara al seminario después del estío, lo que equivalía al abandono del camino clerical.

²² Recuerdo de Francisco de Paula Moreno Monforte, Barcelona, 9 de diciembre de 1975, AGP, A.5, 230-1-8.

²³ Cfr. Vázquez de Prada 1997: 134.

²⁴ Palabras citadas en *Crónica* 1975, p. 221, AGP, Biblioteca, P01.

²⁵ *Apuntes íntimos*, n.º 959 (marzo de 1933), citado en Vázquez de Prada 1997: 140.

²⁶ Herrando Prat de la Riba 2002: 157.

²⁷ Copia de “*De vita et moribus* de los alumnos del Seminario de San Francisco de Paula”, p. 111, AGP, A.1, 3-4-1.

El 7 de junio, Escrivá regresó a casa de sus padres con la congoja de la situación en la que se encontraba, en la que entraba el pensamiento de haberse equivocado de camino. Enseguida, le contó lo sucedido a Gregorio Fernández, director de disciplina del seminario de Logroño con el que tenía confianza, hasta el punto de que había dejado el acompañamiento espiritual con Ciriaco Garrido y se confesaba con Fernández. Después de escucharle, el sacerdote le dijo que pensaba que, según su parecer, tenía vocación sacerdotal²⁸.

Este verano –y tal vez el siguiente– José María Escrivá y Francisco Moreno se invitaron a pasar varios días en casa de sus respectivas familias. Moreno acudió a Logroño y luego evocó el afecto de la familia Escrivá, tanto en el trato cariñoso entre ellos como en los detalles que le manifestaron. Por su parte, José María estuvo en Vilel, cerca de la ciudad de Teruel. Según Francisco, «para mi madre era un hijo más. Recuerdo incluso el detalle de que procuraba darle a José María el mismo dinero –una pequeña cantidad para nuestros gastos– que nos daba a nosotros. José María se resistía siempre a aceptar nada y Antonio, mi hermano, le animaba: “Lo que no gastes para ti, ya lo gastaremos para nosotros”»²⁹. Para Escrivá esos días estuvieron marcados por la quietud de un pueblo chico. Por las mañanas, iba a Misa y luego se reunía con los hermanos Moreno y un par de amigos y bajaban a las orillas del río Turia para pescar y coger cangrejos; por las tardes se quedaba en la casa familiar para leer y, cuando caía el sol, iba a la parroquia a rezar el rosario. Para divertirse, escribió unos versos, bajo el título “Aventuras de unos chicos de Vilel en sus idas y venidas de Zaragoza a Teruel”, en los que los protagonistas eran los jóvenes con los que convivió.

Con la seguridad que le daba el haber hablado con Gregorio Fernández, José María regresó a Zaragoza a finales de septiembre. Conversó con José López Sierra, quien le recibió de nuevo en el seminario. Pero, con el fin de cerciorarse sobre sus disposiciones, dos semanas más tarde –el 17 de octubre–, López Sierra solicitó al rector del seminario de Logroño un informe «sobre su vocación al estado sacerdotal y cualidades personales»³⁰. A vuelta de correo, respondió Gregorio Fernández, que había sido nombrado vicerrector del seminario. Subrayó que José María había observado «una conducta moral, religiosa y disciplinar intachable, dando pruebas claras de su vocación al estado eclesiástico»³¹. Tras

²⁸ Cfr. Ánchel 2018: 31.

²⁹ Recuerdo de Francisco de Paula Moreno Monforte, Barcelona, 9 de diciembre de 1975, AGP, A.5, 230-1-8.

³⁰ ADZ, Sección “Seminario de San Francisco de Paula”, Caja 7, Carpeta 1. Las vacaciones de verano rompían el ritmo del seminario. Para saber acerca del comportamiento del alumno en ese tiempo, el rector remitía a los párrocos de los colegiales un oficio en que preguntaba sobre la conducta que habían seguido. Copia del oficio, Zaragoza, 17 de octubre de 1920, AGP, A.1, 3-3-4.

³¹ Archivo Diocesano de Zaragoza, Sección “Seminario de San Francisco de Paula”, Caja 7, Car-

este informe y a la vista de la conducta de Escrivá, López Sierra cambió de opinión hasta el punto de que a final de curso iba a promocionar al seminarista para que fuera director de su seminario.

La vuelta a Zaragoza se produjo dentro de un ambiente de tensión social en todo el país, al que los seminaristas no eran ajenos, pues comentaban los sucesos y temían por la situación en la que podía quedar el clero. En julio de ese verano se había producido el *desastre de Annual*, una operación militar en la zona del Protectorado español en Marruecos que se saldó con la muerte de más de ocho mil soldados. Este hecho, unido a la desestabilización social, condujo al Gobierno a suspender durante un año las garantías constitucionales en Zaragoza y, entre otras medidas, prohibió las huelgas. Así, aunque disminuyó la conflictividad, se restó libertad política y social.

Dentro del seminario de San Francisco, José María regresó a los ritmos conocidos de horarios, asistencia a clase y convivencia. Este año residían 35 seminaristas: 21 teólogos, 12 filósofos y 2 estudiantes de Derecho Canónico. En la universidad pontificia cursó, junto con los mismos compañeros del año anterior, las asignaturas previstas para tercero de Teología: Dios Creador, Sacramentaria, Teología Pastoral y Teología Moral. Antes del final del año académico, el rector decidió que Escrivá sería el nuevo director de los teólogos, pues Santiago Lucus se iba a ordenar de presbítero y, por tanto, dejaba el seminario.

En junio de 1922 acabó el periodo lectivo y José María Escrivá pasó por los exámenes. Obtuvo tres *meritissimus* (sobresaliente) y un *benemeritus* (notable) en Moral. El jueves 15 viajó a Logroño para pasar las vacaciones con la familia. Evocaría más tarde ese verano, en el que daba paseos por las riberas del río Ebro con Carmen y el pequeño Santiago y, también, pasaba ratos de oración en la capilla de Nuestra Señora de los Ángeles, en la colegiata de La Redonda.

INSPECTOR

Escrivá regresó a la capital de Aragón en septiembre de 1922. El jueves 28 el cardenal Soldevila le tonsuró en el oratorio del palacio arzobispal. De acuerdo con el Derecho Canónico, la tonsura convertía a Escrivá en un clérigo. El nuevo estado le capacitaba para desempeñar el cargo de superior del seminario de San Francisco, en su caso de director o inspector de disciplina de los teólogos. Esta responsabilidad le daba más libertad de movimientos para entrar y salir del seminario. Sabemos, por ejemplo, que ese otoño, y gracias a la amistad con un canónigo, se quedó una noche dentro de la Basílica del Pilar cuando cerraron

peta 1. Copia en AGP, A.1, 2-3-3. Copia del informe, Logroño, 20 de octubre de 1920, AGP, A.1, 3-3-4.

las puertas; además de rezar, en un momento subió hasta la capilla de la Virgen y besó su manto, gesto con el que simbolizaba su confianza en la protección materna de María.

En diciembre, Escrivá recibió del cardenal las órdenes menores que le capacitaban para ejercitar algunos ministerios en la Iglesia. El día 17 tuvieron lugar las ceremonias de ostiariado y lectorado; y el 21 las de exorcistado y acolitado. Por entonces, el cardenal Soldevila mostraba cierta deferencia a Escrivá ya que alguna vez le invitó al arzobispado para conversar.

José María Escrivá continuó con sus estudios en la universidad pontificia. Tuvo cuatro asignaturas en cuarto de Teología: Exégesis del Antiguo Testamento, Dios Uno y Trino, Teología Moral Sacramental y Pedagogía Catequética. Este era el último curso que realizaban la mayoría de los seminaristas; al acabar, recibían la ordenación y se incorporaban a la pastoral ordinaria. Solo unos pocos que, generalmente, aspiraban a obtener un doctorado, hacían quinto curso, llamado también complementario. Iba a ser el caso de Escrivá, que, por otra parte, sería todavía joven para ordenarse, pues acabaría cuarto de Teología con veintiún años y la edad mínima prevista para ser sacerdote era de veinticuatro años.

En el seminario José María se estrenó en el papel de director de teólogos y, por lo tanto, en la persona de más responsabilidad tras el rector, con quien colaboraba en la preparación de los futuros sacerdotes. Además, el director segundo, Juan José Gimeno, compañero suyo en la universidad, contaba con poca experiencia pues acababa de incorporarse al San Francisco. Con veinte años, Escrivá tenía autoridad sobre quince teólogos –en su mayoría de veintidós años– y, por extensión, sobre los veinte filósofos y latinos. Y, como López Sierra estaba ausente con frecuencia, presidió habitualmente los actos de piedad y las comidas, además de recibir las peticiones y quejas de los colegiales, acompañarlos a clase y vigilar los ratos de estudio.

Al ser director, Escrivá tuvo que redactar todos los meses un breve informe sobre la conducta de cada uno de los seminaristas, también de los filósofos y los humanistas. Cumplimentó un impreso que valoraba cuatro aspectos: piedad, aplicación, disciplina y vocación. Por vez primera, se veía obligado a dejar por escrito cuál era su parecer sobre el comportamiento de los demás. Escrivá, que tenía facilidad «para conocer y enjuiciar rápidamente a las personas»³², valoró los elementos positivos y pasó por alto pequeñas actividades no autorizadas, como apartarse de la fila en los paseos para fumar un cigarro o montar un jaleo a destiempo. Al mismo tiempo, corrigió aspectos contrarios al reglamento como la falta de respeto en la capilla o con los superiores, las mentiras y actitudes

³² Recuerdo de Francisco de Paula Moreno Monforte, Barcelona, 9 de diciembre de 1975, AGP, A.5, 230-1-8.

de doblez, no mantener el silencio en el estudio, alborotar por los pasillos y el comportamiento zafio. En estos casos, Escrivá refirió la mala conducta al rector para que fuese él quien impusiera un correctivo, generalmente estar un tiempo de plantón o de rodillas. En un informe apuntó: «No quiero decir, con lo escrito, que nuestros chicos sean ángeles, pues que son *chicos* lo indican los castigos mensuales: todos aquí tenemos faltas»³³.

Según López Sierra, Escrivá se mostraba reflexivo y afable. Habitualmente sonreía, y, cuando algún seminarista daba problemas, reprimía con «una mirada discreta penetrante, triste a veces, y muy compasiva»³⁴. Años más tarde, Escrivá recordaba que le ayudó ponerse en su mesa de trabajo un cartón con las palabras de san Pablo *Caritas omnia suffert* (“El amor lo soporta todo”). Un alumno, Agustín Callejas, rememoraba: «Le estoy viendo ahora en la sala de estudio, avisando a alguno que enredaba, con delicadeza y, si no le hacía caso enseguida, decía como pidiendo un favor: ¿no ves que me comprometes ante el rector?»³⁵.

Debido a su cargo, sus padres ya no tenían que pagarle la estancia en el seminario ni las tasas de la universidad pontificia. Otro privilegio fue que el rector le asignó un fámulo, José María Román, de diecisiete años, estudiante de segundo de filosofía. Según relató, su trabajo consistía «en atenderle, hacerle la cama por las mañanas y servirle la comida»³⁶. Román, que agradeció la afabilidad y buen humor de Escrivá, recordaba el día en que visitaron el manicomio de Zaragoza y una señora mayor allí internada «se empeñó en decir que don José María era su novio, porque le vio tan bien parecido y tan bien vestido»³⁷.

Quizá por su pinta se produjo una singular anécdota. En una ocasión, Escrivá iba a la cabeza de los seminaristas que, en fila de a dos, caminaban por las calles de Zaragoza para ir del seminario a la universidad pontificia. De repente, se cruzaron con unas chicas que se fijaron en José María. Al día siguiente se plantaron en el mismo sitio y, al distinguir al seminarista, le provocaron con descaro. En una tercera ocasión, al ver que no les hacía caso, le gritaron: «¿Tan feos somos que no nos miras?». José María sin mirarlas, muy rápidamente, saliéndole de dentro dijo: “¡Lo que sois es sinvergüenzas!”³⁸. No volvieron a aparecer.

³³ Copia de “Informe sobre la conducta de los seminaristas de San Francisco de Paula”, noviembre de 1924, AGP, A.1, 3-4-3.

³⁴ Recuerdo de José López Sierra, 26 de enero de 1948, AGP, A.1, 3-5-6.

³⁵ Recuerdo de Agustín Callejas Tello, Magallón (Zaragoza), 17 de noviembre de 1975, AGP, A.5, 201-3-9.

³⁶ Recuerdo de José María Román Cuartero, Tabuenca (Zaragoza), 18 de noviembre de 1975, AGP, A.5, 242-2-4.

³⁷ Recuerdo de José María Román Cuartero, Tabuenca (Zaragoza), 18 de noviembre de 1975, AGP, A.5, 242-2-4.

³⁸ Recuerdo de Hugo Clemente Cubero Berne, Zaragoza, 22 de noviembre de 1975, AGP, A.5, 206-2-6.

Escrivá participó en los actos de piedad del seminario con los demás, sin que destacara por algo especial. Tampoco su mortificación fue llamativa y solo los más amigos sabían que usaba un cilicio, medio de penitencia tradicional en la Iglesia. Algunas noches, de modo discreto, pasó buenos ratos de oración en una tribuna situada en lo alto del presbiterio de la iglesia de San Carlos.

Con el inicio de 1923, la situación política y social en España se deterioró. Después del *desastre de Annual* de dos años antes, la alternancia de Gobierno entre los liberales y los conservadores había dado paso a tres Ejecutivos de coalición que se veían incapaces de renovar España, no daban soluciones a las bajas de militares españoles en el norte de Marruecos, y veían cómo crecían los partidos de masas, el movimiento obrero y el reformismo de las clases medias. No faltaban voces a favor de un gobierno de excepción que hiciera frente a los problemas sociales, como sucedía con el fascismo en Italia. En algunas ciudades, como Zaragoza, los actos terroristas y las protestas reflejaban malestar por el paro, la mala vivienda y los bajos salarios. En este contexto, Escrivá vivió en julio y en septiembre dos momentos –un asesinato y un golpe de Estado– que conmocionaron al país.

El lunes 4 de julio, el arzobispo de la diócesis, el cardenal Soldevila, acudió a una escuela asilo para niñas indigentes que estaba a las afueras de la ciudad. A la entrada, dos anarquistas de la Confederación Nacional del Trabajo le dispararon. Murió al instante. Toda España se conmocionó ante la noticia de un cardenal asesinado. Trasladado al palacio episcopal, las autoridades y clérigos velaron el cadáver. Escrivá pasó varias horas en oración junto al cuerpo de quien le había nombrado director del seminario y le habían conferido las órdenes menores. El luto no le excusó de realizar al día siguiente los exámenes de las cuatro asignaturas de ese año, en las que sacó la máxima nota que se concedía (*meritissimus*). Después, participó en las exequias y el entierro del cardenal. Cuando concluyeron, regresó a Logroño para descansar con su familia.

De acuerdo con el consejo recibido de su padre, José María había manifestado a las autoridades eclesiásticas su deseo de estudiar la carrera de Derecho, una vez concluido cuarto de Teología. La petición había sido bien acogida. Por este motivo, el ritmo de ese verano estuvo marcado en buena medida por el estudio. Para ingresar en Derecho, debía superar un curso preparatorio de tres asignaturas en la Facultad de Filosofía y Letras. Junto con un joven llamado José Luis Mena, José María preparó dos materias: Lógica Fundamental y Lengua y Literatura Españolas. Los dos alumnos se reunieron diariamente con el padre de José Luis, registrador de la propiedad, con el que conversaron sobre Lengua y Literatura Españolas. En cambio, estudiaron por su cuenta Lógica Fundamental porque la habían cursado en el instituto y no les ofrecía dificultades. A mediados de septiembre se examinaron y aprobaron las materias en Zaragoza. Durante esas jornadas, José María invitó a José Luis Mena a que conociera a su tío Carlos Albás.

En ese mes, concretamente el 13 de septiembre, el general Miguel Primo de Rivera dio un golpe de Estado que ponía fin a cinco décadas de régimen parlamentario. El rey Alfonso XIII aceptó el golpe y lo nombró presidente de Gobierno. De este modo, comenzó una singular dictadura militar a la que sostenía una monarquía sin relevancia política. El programa de Primo de Rivera contemplaba la estabilidad política y social de España, muy deteriorada, y el final de la guerra en el protectorado español en Marruecos. De inmediato afrontó la guerra contra las tribus rifeñas marroquíes y puso énfasis en los municipios y en las corporaciones profesionales como modo de reconstrucción política de España.

Poco después, el día 29, Escrivá estaba de nuevo en Zaragoza y asistía a la inauguración del curso académico en la universidad pontificia. Quinto de Teología venía a ser un curso de doctorado cómodo, con Instituciones canónicas, Disquisiciones teológicas y Casos de moral. La novedad se encontraba en el inicio de la carrera de Derecho en la Universidad Literaria de Zaragoza. Como le quedaba todavía una asignatura que superar para el ingreso oficial –Historia de España– acudió al secretario general de la Facultad de Derecho para solicitar la asistencia a las clases como oyente. Recibida la autorización, habló con los catedráticos de seis asignaturas, que le permitieron acudir a sus lecciones en calidad de alumno no oficial; a la vez, preparó por su cuenta Historia de España. Es probable que Escrivá no quisiese ser alumno oficial porque era más barato y porque, dado que no estaba previsto que hubiese estudiantes seminaristas en la universidad civil, deseaba priorizar la carrera de Teología y compatibilizarla con la de Leyes en la medida de lo posible.

De las asignaturas de Derecho, tal vez la más singular, por el personaje, fue Derecho Canónico. Su titular, Juan Moneva, era un sabio con un buen corazón que ocultaba bajo una aguda ironía. En las clases exigía recitar en latín los cánones, algo que, a pesar de los años de estudio en el instituto, costaba a algunos alumnos. Era el caso de Juan Antonio Yranzo y otros compañeros que, durante una temporada, acudieron tres días a la semana al seminario de San Francisco para que Escrivá les diera clase de la lengua ciceroniana. Moneva llamaba a veces a Escrivá *el curilla* de modo amable, apelativo que usaron otros alumnos de la universidad.

José María Escrivá residió con otros 39 colegiales en el seminario de San Francisco. Mantuvo el puesto de director de los teólogos y otro colegial fue el director de los filósofos y los latinos. Arsenio Górriz, que estuvo con Escrivá los cinco años de seminario, recordaba: «era muy simpático cuando tenía amistad y se encontraba en un ambiente de confianza. Cuando no tenía amistad, era más serio, naturalmente serio, por lo que algunos –que no lo conocían– lo tachaban de adusto»³⁹. Pero, en octubre, se produjo un suceso singular. Todo empezó

³⁹ Recuerdo de Arsenio Górriz Monzón, Teruel, diciembre de 1975, AGP, serie A.5, 218-1-8.

cuando, por causas desconocidas, Julio Cortés, un diácono del seminario conciliar que tenía 45 años, insultó con palabras groseras a Escrivá en la catedral de La Seo. Unos días más tarde, le volvió a ofender verbalmente en el seminario pontificio. Escrivá poseía un temperamento fuerte que dominaba, pues pocas veces perdía el control, pero en esta ocasión respondió y, tras algunas voces, llegaron a las manos. Por haberse pegado, el rector del seminario conciliar les castigó a rezar un rosario de rodillas en la capilla, a la vista de todos, durante varios días. Acabado el correctivo les requirió que zanjaran el suceso con un abrazo⁴⁰.

Quizá a raíz de este incidente, Elías Ger, profesor de Instituciones Canónicas en la universidad pontificia, contó en clase la historia de un comerciante que compraba canela en rama y, gracias a un molino de bolas, la reducía a polvo. Con el paso de los días, las bolas se desgastaron y el negociante no encontraba repuesto. Entonces, acudió a un torrente, agarró cantos rodados, los encajó en el molino y los hizo rodar sin poner aún la canela. A las dos semanas de roces y choques entre ellos, los cantos se habían pulimentado. Concluida esta historieta, el profesor se dirigió a José María y dijo: «Así trata Dios a los que quiere. ¿Me entiendes, Escrivá?»⁴¹.

En Zaragoza, también le ayudó el sacerdote Antonio Moreno, vicepresidente del San Carlos y tío de Francisco Moreno. Escrivá bajaba algunas veces a su habitación y, aunque no le gustaba, accedía a jugar a dominó con el presbítero. Se dejaba ganar porque, si no lo hacía, don Antonio se molestaba. Sin embargo, recordaba, «para mí, que estaba decidido a aprender de los sacerdotes que gastaban su vida por el Señor, aquellos eran unos ratos muy agradables, porque ese sacerdote demostraba mucho espíritu sacerdotal, mucha experiencia pastoral y era muy humano. Me contaba anécdotas muy gráficas»⁴².

Es posible que José María pasara la Navidad de 1923 en Logroño, pues hubo permiso para los seminaristas ese año. De ser así, fueron las primeras vacaciones navideñas en casa de su familia desde que residía en Zaragoza; y, sin que lo pudiera adivinar, también iban a ser las últimas con su padre. Pero, antes, el duelo llegó el 5 de enero de 1924 porque falleció en la capital aragonesa su tío Mauricio Albás. José María y su hermana Carmen asistieron al velatorio.

Por su cargo de director del seminario de San Francisco, nombraron a José María Escrivá vicedirector del Apostolado de la Oración, la asociación de los seminaristas que encauzaba algunas manifestaciones de piedad y organizaba veladas literarias. En enero de 1924 la asociación editó la revista *La Verdad*, una iniciativa que había tenido cierto fuelle años antes. Junto con otros tres semina-

⁴⁰ Años más tarde, Cortés pidió disculpas por este hecho: carta de Julio Cortés a Josemaría Escrivá de Balaguer, Jaén, 8 de octubre de 1952, AGP, A.1, 3-5-7.

⁴¹ Citado en Vázquez de Prada 1997: 170-171.

⁴² Del Portillo 1992: 175.

ristas, Escrivá coordinó los textos que se publicaron en ese magacín. Las primeras páginas indicaban que se deseaba «fomentar la unidad entre los seminaristas aragoneses» y animaban a los colegiales «a escribir en sus páginas artículos y poesías para estar más adiestrados el día de mañana que quisieran colaborar en los grandes rotativos católicos, o se sintieran con fuerzas para fundar en sus respectivas parroquias una hojita parroquial»⁴³. Lo cierto es que, a pesar de tan buena voluntad, fue el único número que salió a la luz.

ORDENACIONES

Desde su llegada a Zaragoza, José María Escrivá se sentía «impulsado a escribir, sin orden ni concierto»⁴⁴, en «notas sueltas»⁴⁵, sin ilación clara, diversas mociones y sucesos de su vida espiritual. Pensaba que esos comentarios y glosas consignados en papeles o en una pequeña libreta de hule que llevaba en su bolsillo podían ayudarle a retener en la memoria los barruntos. Según apuntó, «veía que el Señor quería algo de mí»⁴⁶, algo todavía impreciso. El fundamento de esos presentimientos se apoyaba en una relación íntima con Jesucristo, pues los ratos de oración en la capilla le abrían a la amistad amorosa con Dios: «comencé a barruntar el Amor, a darme cuenta de que el corazón me pedía algo grande y que fuese amor»⁴⁷. A la vez, diría luego que en esta etapa había ido «adelante, sin cosas raras, trabajando solo con mediana intensidad»⁴⁸, ya que tenía la sensación de que no correspondía bien a la gracia de Dios.

Escrivá mantenía su oración con las jaculatorias latinas *Domine, ut videam!*, *Domine, ut sit!* También recitaba, e incluso cantaba, las palabras de Jesús *Ignem veni mittere in terram!* (“He venido a traer fuego a la tierra”); estas expresiones, dirá después, «me encendían en amor a Dios»⁴⁹, y «en medio de la flaqueza humana, respondía: *ecce ego, quia vocasti me!* (“Señor, aquí me tienes, porque me has llamado”); y sin saber a qué me llamaba»⁵⁰. En otros momen-

⁴³ Fotocopia de *La Verdad*, enero de 1924, AGP, A.1, 3-3-10.

⁴⁴ *Apuntes íntimos*, n.º 414 (24 de noviembre de 1931), citado en Vázquez de Prada 1997: 247.

⁴⁵ *Apuntes íntimos*, n.º 306 (2 de octubre de 1931), citado en Vázquez de Prada 1997: 293, nota 106.

⁴⁶ Palabras copiadas por Álvaro del Portillo, en nota a *Apuntes íntimos*, n.º 179 (20 de marzo de 1931), citado en Vázquez de Prada 1997: 298, nota 118.

⁴⁷ Apuntes de un encuentro familiar, 19 de marzo de 1975, en Escrivá de Balaguer 2017: 403. Al final de su vida, recordó muchas veces los tiempos en los que «yo barruntaba el amor de Dios, pero no sabía que era tan inmenso» (*Meditaciones*, vol. V, p. 117, AGP, Biblioteca, P06).

⁴⁸ Escrivá de Balaguer 2017: 201.

⁴⁹ *Mientras nos hablaba en el camino*, p. 204, AGP, Biblioteca, P18 (palabras de una meditación del 27 de marzo de 1962).

⁵⁰ *Mientras nos hablaba en el camino*, p. 204, AGP, Biblioteca, P18 (palabras de una meditación del 27 de marzo de 1962).

tos acudía a fórmulas semejantes mediante el recurso a Santa María, a la que visitaba en la Basílica del Pilar con frecuencia. En el mes de mayo compró una imagen de la Virgen del Pilar, más pequeña que el original, y grabó con un clavo en la base: “*Domina, ut sit!* 24-5-924”.

Al final de curso llegaba uno de los momentos más importantes de la vida de un seminarista, la recepción de las órdenes sagradas. José María había asistido a muchas tandas de compañeros que las habían recibido en Logroño y en Zaragoza. Ahora le tocaba a él. A lo largo de mayo realizó los trámites previos para la ordenación de subdiácono. Entre las instancias que redactó, una indicaba que deseaba ser ordenado a título de *servicio de la diócesis* y otra aclaraba que estaba excluido del servicio militar por defecto de la vista. El 21 de mayo pasó el examen de órdenes y el 4 de junio superó con *meritissimus* (sobresaliente) las tres pruebas de quinto de Teología, con las que acababa la carrera eclesiástica. Aunque podía pedirlos, no obtuvo el grado de bachiller ni el de licenciado o el de doctor. Además de pasar un examen, había que pagar una tasa para cada uno de esos grados académicos y Escrivá consideró que no podía afrontar los gastos, dada la situación económica familiar⁵¹.

En cambio, se presentó en la Universidad de Zaragoza a Historia de España, asignatura que le quedaba para el ingreso en la Facultad de Derecho. Por no haber asistido a las clases, el profesor le suspendió. Escrivá le envió una respetuosa queja en la que le recordaba que un alumno no oficial podía realizar un examen a pesar de no haber frecuentado las aulas. El profesor reconoció la petición y le dijo a Escrivá que, si se presentaba de nuevo en la convocatoria extraordinaria de septiembre, le daría el examen por superado.

Del 4 al 10 de junio realizó los ejercicios espirituales previos a la ordenación. El sábado 14, Miguel de los Santos Díaz Gómara, obispo auxiliar de Zaragoza, le ordenó de subdiácono, junto con otros compañeros, en la iglesia de San Carlos. Unos días más tarde viajó a Barcelona. Aunque no tenemos muchos datos sobre el viaje, probablemente fue para conversar con su amigo Francisco Moreno, que se acababa de trasladar a la Ciudad Condal. Moreno se había ordenado en 1922, había vivido en la residencia de San Carlos y, en esa primavera de 1924, había abandonado el sacerdocio⁵².

Una vez de regreso a casa de sus padres en Logroño, José María dedicó muchas horas del verano al estudio. Es probable que ejerciera funciones de subdiácono en la parroquia de Santiago el Real. En septiembre aprobó Historia de

⁵¹ Los títulos oficiales eran necesarios para los que se dedicaban a la enseñanza en establecimientos eclesiásticos y para los que opositaban a cargos de relevancia, como una canonjía, situaciones que Escrivá no contemplaba; de hecho, ni siquiera optó a un premio extraordinario, que le habría exentado de una parte de los derechos del examen de licenciatura en Teología: cfr. Castells i Puig 2008.

⁵² Cfr. Masabeu i Tierno 2015.

España en la Facultad de Filosofía y Letras y también las seis asignaturas de Derecho que cursaba como alumno no oficial: Derecho Romano y Derecho Canónico con matrícula de honor, Economía Política con sobresaliente, Derecho Natural y Filosofía del Derecho con notable y aprobado en Historia General del Derecho y en Derecho Civil I.

El curso 1924-1925 empezó en el seminario de San Francisco con 40 colegas. José María continuó en el puesto de director de los teólogos y consagró su tiempo a las nuevas materias de la carrera de Derecho y a prepararse para la ordenación sacerdotal; los estudios de Teología, en cambio, estaban ya acabados. Lamentablemente, el 24 de octubre tuvieron una defunción en el seminario. Santiago García, de 15 años, natural de Sobradriel (Zaragoza), falleció por una peritonitis que no se pudo curar. Junto con los demás seminaristas, Escrivá asistió a la Misa exequial y a la conducción del cadáver. Luego lo calificó en su informe mensual como «un ángel de Dios»⁵³.

De modo todavía más inesperado, un mes más tarde la muerte regresó a su casa. El 27 de noviembre, José Escrivá se preparó poco antes de las nueve de la mañana para ir al trabajo. Rezó ante una imagen de la Virgen Milagrosa, cuya fiesta se celebraba ese día, y se entretuvo para jugar con su hijo Santiago. Le dijo a su mujer que no se encontraba bien pero que deseaba cumplir con su obligación laboral. Pero, cuando iba a salir, empeoró hasta el punto de no sostenerse en pie. Dolores y Carmen le acostaron en la cama. José perdió el conocimiento, quizá como resultado de una hemorragia cerebral. Minutos después se presentó en la casa un empleado de La Gran Ciudad de Londres –tienda donde trabajaba José– para preguntar si ocurría algo, pues habían extrañado su ausencia. Llegó el médico y le aplicó unas sangrías para bajar la tensión sanguínea. Con el pasar de las horas, el enfermo entró en agonía. Un sacerdote castrense amigo de la familia, Daniel Alfaro, le administró los últimos sacramentos. José murió hacia las cuatro de la tarde, acompañado por Dolores, Carmen y el pequeño Santiago. Tenía 56 años.

Durante la jornada, José María recibió un telegrama en el que se le comunicaba que su padre estaba muy grave. De inmediato cogió el tren para Logroño. Cuando llegó, avanzada ya la tarde, le esperaba en la estación Manuel Cenicerros, aprendiz de La Gran Ciudad de Londres. De camino a casa de los Escrivá, le comunicó el fallecimiento. Delante del cadáver de su padre, José María lloró. Después, según Santiago, prometió «que no nos abandonaría nunca y cuidaría de nosotros»⁵⁴. Luego, dirigió el rezo del rosario. A lo largo de la noche, la familia y algunos amigos velaron el cuerpo.

⁵³ Citado en Herrando Prat de la Riba 2002: 85, nota 174.

⁵⁴ Recuerdo de Santiago Escrivá de Balaguer, Madrid, 10 de febrero de 1979, AGP, serie A.5, 210-1-5.

En esos momentos, y quizá durante los días siguientes, a José María le vino la idea de no seguir adelante en el camino del sacerdocio. Con la muerte de su padre, le tocaba a él, el varón mayor de la familia, sacar adelante a los suyos. Sin duda lo haría mejor si fuese abogado y ahora tenía la carrera de Derecho bien encaminada. Pero, por otra parte, ya le habían conferido la primera orden mayor, el subdiaconado, y pensaba que había recibido pruebas de la presencia de Dios en su vida.

A las veinticuatro horas de la defunción tuvo lugar el funeral en la parroquia de Santiago el Real y la sepultura en el cementerio de Logroño. José María sintió la soledad porque ningún miembro de la familia se trasladó a Logroño. Solo lo acompañó el sacerdote Daniel Alfaro, quien facilitó el dinero necesario para hacer frente a los gastos del funeral y del entierro. Al concluir, los enterradores le dieron a José María la llave del féretro. De regreso a su casa, mientras caminaba por el Puente de Hierro, tiró la llave al río Ebro. Con este gesto quiso manifestar su confianza en la Providencia.

Con los años, José María afirmó que la figura paterna se le agrandaba. Lo veía como un caballero que, por el bien de terceras personas, pasó de empresario a empleado, de un estrato social medio a otro medio bajo. Su sonrisa habitual era para José María un ejemplo de la fortaleza de quien acarrea las adversidades con mesura. Lo comparaba con el santo Job, patriarca del Antiguo Testamento que mantuvo la confianza en Dios pese a que perdió sus bienes. En particular, José María admiraba la fe de su padre que calló ante los causantes de sus contrariedades y que entendió que las dificultades formaban parte de unos planes superiores: «a él le debo la vocación»⁵⁵. Sin duda, recordaba a los suyos cuando afirmaba que, desde el punto de vista humano, el noventa por ciento de una llamada cristiana se debe a los padres. En el futuro, José María no puso a los suyos como modelo para los miembros de la Obra, pero afirmó que en su casa aprendió el sentido de la nobleza de espíritu, que da lo mejor de sí mismo a la hora de la prueba.

Las jornadas de luto en Logroño fueron pocas, pues el 4 de diciembre ya estaba en la capital aragonesa para el examen de órdenes y el día 10 comenzaba los ejercicios espirituales. En esas jornadas se supo que el papa había nombrado a Rigoberto Doménech Valls, obispo de Mallorca e Ibiza, como nuevo arzobispo de Zaragoza; y también que el obispo auxiliar de Zaragoza, Miguel de los Santos Díaz Gómara, había sido preconizado obispo de Burgo de Osma. Pero, mientras se esperaba que tomaran posesión de las nuevas sedes, Díaz Gómara se encargaba de las ordenaciones. Por eso, el sábado 20 confirió el diaconado a Escrivá en la iglesia de San Carlos, junto con otros compañeros. Dadas las circunstancias de luto, no asistió nadie de su familia.

⁵⁵ Palabras citadas en *Crónica* 1968, p. 472, AGP, Biblioteca, P01.

José María pasó la Navidad en el seminario. Fueron unos días llenos de tristeza y de recuerdos del padre difunto y de la madre, sola con Carmen y Santiago en Logroño. Muy pronto, resolvió reunir a los suyos en Zaragoza. Esta medida iba a marcar su vida de modo inesperado, porque generó una fuerte reacción en su tío Carlos.

Desde hacía cinco años, Carlos Albás le había ayudado en múltiples ocasiones: facilitar su entrada en el seminario de San Francisco, lavarle la ropa en su casa, presentarle a un profesor que conocía de la Facultad de Derecho –Miguel Sancho Izquierdo, catedrático de Derecho Natural– y tantos encuentros informales en domingos y días de fiesta. Carlos era arcediano del cabildo metropolitano de Zaragoza, una figura de relieve, pues el puesto de canónigo se conseguía por oposición y otorgaba un notable reconocimiento social dentro y fuera del ámbito eclesial. Además, el cabildo era un órgano consultivo del obispo, a quien acompañaba en las celebraciones solemnes. Y, dentro de los canónigos, tenían preeminencia cinco personas, una de las cuales era el arcediano.

Carlos deseaba que José María siguiese sus pasos. Estaba en condiciones magníficas por su expediente académico y porque era director del seminario. La muerte de José Escrivá no modificaba demasiado este planteamiento. Pensaba que lo mejor para José María era que recibiera la ordenación sacerdotal, abandonara la carrera de Derecho, se situara en una parroquia y subiera poco a poco en el escalafón. Cuando tuviera cierta categoría social, podría plantearse otras metas, como una canonjía o vivir con su madre en Zaragoza; por el momento, Carlos y algunos hermanos más les pasarían alguna cantidad a Dolores y a sus hijos, que seguirían en Logroño.

José María se opuso a ese proyecto. Por un lado, muerto su padre, la reunión de los suyos en la capital aragonesa era prioritaria, pues ahora dependían de él y nada los ataba a Logroño, donde reinaba un penoso y constante recordatorio de José. Por otro lado, el horizonte sacerdotal que se había marcado no contemplaba hacer carrera eclesiástica, por muy digna que fuera. Además, deseaba acabar Derecho pues, de algún modo, barruntaba que esos estudios le facilitarían estar disponible a la voluntad de Dios.

El arcediano, que se sentía responsable de la familia, se disgustó con José María y consideró como una desobediencia el hecho de que no secundara sus planes. Pensaba que el desplazamiento a Zaragoza de su hermana e hijos ponía en entredicho su posición social. ¿No se daban cuenta de que todo el mundo iba a comentar que era una familia venida a menos? José María le recordaba al padre, a José Escrivá, que no atendió a razonamientos y –según su opinión– empobreció a la familia sin necesidad cuando puso su patrimonio a disposición de sus acreedores. A todo esto, Manuela Lafuente, la sobrina que atendía a Carlos en su casa, fomentó la discordia porque criticó al diácono.

El primer choque no se hizo esperar. En enero de 1925, Dolores Albás y sus hijos Carmen y Santiago dejaron Logroño y se trasladaron a un modesto ático, situado en un tercer piso de la calle Urrea, muy cerca del seminario de San Carlos. Un día, Carmen y José María fueron a la casa de su tío. Nada más abrir la puerta, Carlos les espetó: «¿Para qué habéis venido a Zaragoza? ¿Para anunciar públicamente vuestra miseria y vuestra pobreza?». De inmediato, Carmen le dijo a su hermano: «José María, vámonos, porque ya se ve que en esta casa no podemos encontrar ninguna acogida»⁵⁶.

Al cabo de unas semanas, la familia Escrivá Albás se mudó a otro piso alquilado en la calle Rufas, 11-13, esta vez en un primero para que Dolores tuviera que subir menos escaleras. Sin poder contar con ahorros o fuentes de ingresos, al menos hasta que José María cobrase el sueldo de la diócesis, encontraron un modo de supervivencia en un sobrino, Ángel Camo Albás, que trabajaba en una sucursal del Banco Hispano; también les ayudó durante un tiempo un hermano de Ángel, José María. Recordaba Ángel: «me hospedé en casa de mi tía Dolores. Mi estancia allí, estando como estaban en una situación económica muy difícil, podía prestarles una modesta ayuda: recuerdo perfectamente que le daba treinta duros al mes como pensión»⁵⁷.

En esas fechas José María ejerció el ministerio diaconal en la iglesia de San Carlos y tuvo la alegría de dar la comunión a su madre. En otra ocasión impartió la bendición y, al sostener la Eucaristía, le temblaron las manos por la emoción del momento. En cambio, el 14 de enero vivió con tristeza la muerte de Antonio Moreno, vicerrector del San Carlos, que le había dado tantos consejos pastorales.

Escrivá realizó de nuevo los trámites necesarios para el presbiterado – entre otros aspectos recibió una dispensa de diez meses pues la edad mínima para ordenarse era de 24 años–, se examinó de órdenes el 10 de marzo y luego realizó ejercicios espirituales. El sábado 28 de marzo, Mons. Díaz Gómara le ordenó sacerdote, junto con otros nueve compañeros, en la iglesia de San Carlos. En la misma ceremonia el obispo ordenó también a cuatro diáconos y catorce subdiáconos⁵⁸. Asistieron a la ceremonia Dolores y sus hijos. Ese mismo día José María recibió licencias ministeriales por seis meses para celebrar y absolver en la archidiócesis de Zaragoza. A la mañana siguiente dejaba el seminario de San Francisco, en el que había pasado un lustro, para vivir con su madre y sus hermanos.

⁵⁶ Citado en Vázquez de Prada 1997: 191.

⁵⁷ Recuerdo de Ángel Camo Albás, Zaragoza, 17 de noviembre de 1975, AGP, A.5, 202-1-7.

⁵⁸ Copia de “Expediente de José M^a Escrivá y Albás para el presbiterado”, AGP, A.1, 4-3-4. Cfr. Requena 2000.

El lunes 30 de marzo, a las diez y media de la mañana, José María Escrivá ofició su primera Misa en la Santa Capilla de Nuestra Señora del Pilar. Celebró Misa rezada, no solemne, y con los ornamentos morados propios del tiempo de Cuaresma. Asistieron a la ceremonia unas quince personas: su madre –que estaba enferma y que se levantó para el acontecimiento– y sus hermanos, su primo José María Albás Llanas con su mujer y su hijo, dos amigas de Carmen, el profesor Juan Moneva con su esposa y una hija, el rector y algunos conocidos del seminario y pocos más. Llamaba la atención que los dos tíos Albás que residían en Zaragoza –Carlos y Florencio– no estuvieran presentes, en particular el canónigo Carlos; dada su posición social y eclesial, la ausencia manifestaba públicamente que existía una relación problemática con el sobrino.

La celebración del Santo Sacrificio estuvo marcada por el dolor. El cantamisano la ofreció «en sufragio del alma de su padre»⁵⁹, como anunciaban las estampas conmemorativas del evento. Dolores sollozó en varios momentos ante la congoja de los demás concurrentes. Además, hubo un detalle embarazoso, pues José María tenía la ilusión de dar de comulgar en primer lugar a su madre, pero, llegado el momento, una mujer se adelantó en la fila y, por no ser descor-tés, el presbítero le dio la comunión. Terminada la ceremonia, no hubo besama-nos. José María se retiró para quitarse los ornamentos. Después de envolverse con el manto, su corazón no pudo más y rompió a llorar desconsolado⁶⁰.

Una vez concluida la ceremonia y las felicitaciones, los Escrivá y amigos se dirigieron a la casa familiar, en la calle Rufas, donde almorzaron un plato de arroz preparado por Dolores. Luego, José María leyó un oficio del arzobis-pado que acababa de recibir: «En vista de la enfermedad que padece el Sr. Cura Párroco de Perdiguera», la autoridad diocesana le nombraba «regente auxiliar hasta nueva orden»⁶¹. Comenzaba una etapa nueva en la vida del joven sacer-dote.

FUENTES PRIMARIAS

Archivo General de la Prelatura (AGP)

- Fondo I, Serie A.1 (Documentos)
- Fondo I, Serie A.2 (Actividad)
- Fondo I, Serie A.3 (Escritos)
- Fondo I, Serie A.5 (Testimonios)

⁵⁹ Diversos recordatorios en AGP, A.1, 4-3-9.

⁶⁰ Cuartilla de Ricardo Fernández Vallespín sobre una conversación con José María Escrivá, 25 de junio de 1934, AGP, A.2, 7-3-1.

⁶¹ Copia del oficio, Zaragoza, 30 de marzo de 1925, AGP, A.1, 4-4-2.

Archivo Diocesano de Zaragoza (ADZ)

- Sección Seminario de San Francisco de Paula.

BIBLIOGRAFÍA

- Ánchel, Constantino 2018. "Sacerdotes en el acompañamiento espiritual de san Josemaría Escrivá", *Studia et Documenta* 12, pp. 13-118.
- Castells i Puig, Francesc 2008. "Gli studi di Teologia di san Josemaría Escrivá", *Studia et Documenta* 2, pp. 105-144.
- Ibarra Benlloch, Martín 2004. "San Josemaría Escrivá de Balaguer en Zaragoza (1920-1927)", en Ibarra Benlloch, Martín (editor), *Semblanzas aragonesas de san Josemaría Escrivá de Balaguer*, Torreciudad, Patronato de Torreciudad, pp. 97-147.
- Del Portillo, Álvaro 1992. *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp.
- Escrivá de Balaguer, Josemaría 2017. *En diálogo con el Señor*, Madrid, Rialp.
- Herrando Prat de la Riba, Ramón 2002. *Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925). El seminario de S. Francisco de Paula*, Madrid, Rialp.
- Masabeu i Tierno, Josep 2015. *Escrivà de Balaguer a Catalunya, 1913-1974. Petjades de sant Josepmaria*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- Pioppi, Carlo 2022. "Gli anni di gioventù di Josemaría Escrivá (1902-1928)", *Studia et Documenta* 16, pp. 97-124.
- Requena, Federico M. 2000. "Diez itinerarios sacerdotales. Los compañeros de ordenación del beato Josemaría", *Anuario de Historia de la Iglesia* 9, pp. 719-739.
- Toldrà Parés, Jaime 2007. *Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1925)*, Madrid, Rialp.
- Vázquez de Prada, Andrés 1997. *El Fundador del Opus Dei*, vol. I, Madrid, Rialp.

José Luis González Gullón. Profesor en la Pontificia Università della Santa Croce, investigador del Centro de Estudios Josemaría Escrivá y miembro del Istituto Storico Josemaría Escrivá. Especialista en historia religiosa española contemporánea y en historia del Opus Dei.
email: jggullon@gmail.com
ORCID iD: 0000-0002-9901-7720